

Carta abierta a una mujer maltratada

Quierida amiga: No es fácil meterse dentro de tu piel y saber cuánto y cómo has sufrido. Cuánto y cómo estás sufriendo. Ni desde cuándo. Es más duro, quizás, el saber que el verdugo ha sido y sigue siendo un ser querido y que durante un largo tiempo compartió contigo las emociones de la vida, del amor y de los hijos. Es probable que hayas bordeado el precipicio de la muerte. O que lo estés bordeando todavía. Sabes muy bien que muchas mujeres como tú han muerto a manos de quien decía que las amaba. Qué horrible terrorismo.

Otras mujeres, como fácilmente puedes suponer, están muertas sin poder ser enteradas. Quizás sea tu caso. Muertas en vida porque carecen de libertad, porque tienen el autoconcepto destruido, porque tienen el futuro hecho añicos, porque no quieren irse a dormir y tampoco despertarse, porque duermen con el asesino que huele a puños y a filos de cuchillo, porque están paralizadas por el miedo, porque no pueden huir, porque sus sueños están llenos de sangre, porque sus labios están sellados por besos que son como candados, porque sus ojos no tienen donde descansar...

Me pregunto contigo no sólo por las mujeres que han muerto sino por las que van a morir. Espero y deseo con todas mis fuerzas que tú no estés entre ellas. ¿Dónde

están? ¿Qué hacen? ¿Qué piensan? ¿Qué sienten? Me las imagino diciendo sí ante el altar, cortados los caminos de la vuelta atrás, conscientes de que están subiendo a un caldoso lleno de flores. Me las imagino descubriendo con horror, acaso la misma noche de bodas, que se han casado con un maltratador, con un asesino. Me las imagino llorando en silencio, paralizadas por el terror, incapaces de dar un paso hacia la liberación. Me las imagino fingiendo ante los hijos, los amigos y los familiares una felicidad que no tienen. Me las imagino recibiendo caricias repugnantes, sin saber si es más grande el dolor o la rabia que suscitan. Me las imagino cubriendo de maquillaje los moratones que ha dejado sellado su cuerpo con la crueldad.

Me las imagino aceptando las flores, las joyas, las cenas, los viajes, las promesas, los regalos de quien, otra vez, dice que todo va a cambiar, que va a comenzar una vida nueva, que van a volver al paraíso en el que vivieron al inicio del engañoso amor. Me las imagino de pie, mientras el maltratador, de rodillas, implora perdón a "la persona que más quiere en la vida", tratando de evitar las amenazas de suicidio de quien hace unos minutos golpeaba hasta la extenuación.

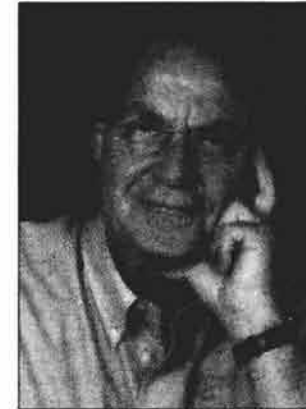
Me imagino, sobre todo, a las que se culpan por su sufrimiento, a las que se consideran indignas de amor, malas personas a

las que nadie puede querer porque no se lo merecen. A las que piensan que cuando sus maridos las pegan es porque se lo tienen bien merecido y que ellos las castigan por su bien, para enseñarlas a ser mujeres valiosas, fieles y coherentes. A las que olvidan que no hay mayor opresión que aquella en la que el oprimido mete en su cabeza los esquemas del opresor. No sé si tú te encontrarás entre ellas. Me las imagino ocultando a los hijos las lágrimas, ocultando las heridas para que ellos no sufran, silenciando los golpes, explicando sin razones el desastre. Temiendo que los niños sepan quién es su padre. Sufriendo porque los niños sufren. Sabiendo que los niños aprenden. Esperando un milagro que nunca llega.

Saben que están condenadas a muerte, que están en el corredor maldito haciendo tiempo hasta que llegue la hora. Incapaces de gritar porque piensan que eso adelantará el fin. Incapaces de denunciar porque eso enfurecerá al agresor. Incapaces de abrir la boca para no sufrir la humillación de que todo el mundo sepa que no son queridas.

No es fácil salir de la cárcel del horror en la que estás encerrada. Pero es tan necesario como urgente. Por eso te invito a pronunciar, de forma convincente, estas cinco palabras:

YO: porque tú eres lo más importante para ti misma, porque tienes que convencer-te de que eres digna de amor, de que mereces



MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA
Catedrático de Didáctica.
Universidad de Málaga

respeto, de que tienes dignidad, de que puedes ser feliz, de que nadie está condenado a ser desgraciado de por vida.

NO: porque tienes que negarte a la destrucción, al sometimiento, al sacrificio estéril por los hijos, al perdón que está asentado en la falsedad, al chantaje afectivo, a las promesas falaces, a los nuevos intentos.

BASTA: porque aunque haya sido un solo bofetón es más que suficiente, porque ya está bien con lo que hubo, porque no se puede aceptar ni un segundo más la bota del opresor sobre la cabeza o las palabras insultantes sobre el corazón.

AHORA: porque dejarlo para luego es prolongar la agonía y exponerse a la destrucción total. Porque mañana quizá sea ya tarde.

AYUDA: porque a veces es necesario contar con el apoyo de amigos, de amigas, de especialistas, de asociaciones, ya que el pozo es tan profundo que no se puede salir sola.